

## UN INVENTO DESPAMPANANTE

**Q**ué es lo que se le ofrece á usted?

— Vengo á ver si hacemos negocio.

— Hombre; á eso estamos. Y ¿qué es ello?

— La compra ó la explotación de una patente.

— ¿Hay que aprontar capital?

— Para comenzar, sí. Después de quince días ya podrá retirarse duplicado, triplicado... ó como se quiera.

— ¡Hombre... hombre... hombre!!! Eso sería maravilloso. Y, girando el capital unas cuantas veces al año...

— No hay que girarlo; ya le he dicho á usted que á los quince días se amortiza tantas veces como se quiere, y, después, todo son ganancias ilimitadas y continuas. Se trata de un invento... *despampanante*; de una máquina cuyo funcionamiento interesa á todos los habitantes de nuestro planeta, y, dentro de pocos meses, hasta á los de Marte (que son nuestros vecinos más próximos). La venta de la patente puede producir un dineral;

pero la *explotación directa* (y esto sería lo más práctico), unos productos colosales, no millones, sino billones... en fin, una barbaridad. Porque dicha explotación ha de ser *doble*; primero: *una empresa de abono universal*, es decir, en todas las naciones del antiguo y del nuevo continente y de cualquier otro continente, isla ó islote que en lo sucesivo se descubra. Este abono es para utilizarse de las funciones del aparato. Segundo: *una sociedad de seguros* contra las dichas funciones de dicho aparato.

— No acabo de comprender...

— Ya lo verá usted claro como el agua (no la de *Dos rius*, sino la destilada), en cuanto le vaya explicando á usted en qué consiste mi invento.

— ¡Ah!... ¿Usted es el inventor? Será usted extranjero, por supuesto.

— No, señor.

— ¿Español? Entonces catalán...

— Tampoco. Yo soy de todos los países. Para ser de todos los países, no se



necesita más que marchar siempre de frente y no hablar bien ningún idioma.

— Bueno, bueno; es igual. Con tal de que el invento pueda producir un negocio... *graso*.

— Graso y suculento. Ni el teléfono, ni el fonógrafo, ni el telégrafo sin hilos, ni el *Anacronópete* del malogrado Gaspar ni la *machina per volare* del amigo Novelli, ninguna, en fin, de las que hoy pasan como maravillas de la ciencia, puede compararse á mi *Psico-kinos-fono-fotocromógrafo instantáneo y reversible*. Aquí lo tiene usted.

— ¿Y en esa cajita tan chica cabe todo eso?

— ¡Y mucho más, hombre, mucho más! ¿No ve usted que es *reversible é instantáneo*?

— ¡Ah!... vamos; el invento se reduce á una de esas máquinas fotográficas que llaman instantáneas.

— Nada de eso.

— Pues ahora lo entiendo menos.

— ¿No ha leído usted nada, ó, por lo menos, no ha oído usted hablar de todos esos modernos estudios acerca de las ondas hertzianas, los variadísimos y sorprendentes fenómenos de irradiación? ¿Nada sabe usted de la materia radiante de Crookes, de los efluvios ódicos de Reichentbach, de los rayos X, de los rayos N, de los rayos N<sup>1</sup>, de los estudios y experimentos de Roentgen, de Curie, de Blondlot, de Carpentier, de Bichat, etc.? ¿Tampoco tiene usted noticia de que, ahora, ahora mismo, se están haciendo trabajos de laboratorio admirables, y dignos de mejor éxito que el obtenido hasta el presente, para fotografiar el pensamiento?

— ¿Cómo quiere usted que un hombre de negocios se entretenga en perder el tiempo, que necesita para cosas útiles y positivas, en leer ni siquiera los títulos de todos esos que llaman ustedes *trabajos científicos*, y que á mí me parecen chifladuras científicas que no llevan á ninguna parte?

— ¿Chifladuras, eh? Pero, cuando una de esas *chifladuras*, ó varias de ellas, dándose la mano, se cuajan en uno de aquellos inventos que se llaman telégrafo, fonógrafo, cinematógrafo, etc.,

buena prisa se dan ustedes á explotarlo, á fundar empresas, á pedir contratas...

— Hombre, claro: el negocio... Además de que, sin el capital, ¿qué serían todos esos inventos? Sin nosotros, ¿qué harían los sabios, que suelen no tener una peseta disponible?

— Y ¿qué harían ustedes, qué haría el mundo sin los hombres de ciencia? Pero, quédese esto aquí; que habría tela para discutir largas horas sin llegar á entendernos. Aquí tiene usted mi invento, vuelvo á decir. Para que usted olfatee siquiera algo de su importancia y de su alcance, no puedo prescindir de hacer constar que no se trata de una *instantánea*; que mi aparato realiza el *plusquamdesiderátum* de los ya mentados trabajos de la fotografía de los estados psíquicos, porque obtiene *clisés vivos* del delicado y complicadísimo funcionamiento que he llegado á perfeccionar y á simplificar hasta lo inverosímil, obtengo películas instantáneas cinematográficas y auto-fonográficas, *dúplex*.

— ¿Todo en una pieza?

— Sí, señor; todo. El *quid* estaba en dar con la substancia impresionable adecuada para fijar ondas de longitudes que hasta hoy no se conocían ni se sospechaban; es decir, tanto como sospecharse sí, porque desde los efluvios ódicos y los rayos N... En fin, que he tenido la suerte de resolver el problema; y mis *películas dúplex*, como las he llamado, me reproducen, á un mismo tiempo, el movimiento de las *neuronas*, á modo de *microcinematógrafo*, y el sonido de las palabras con las cuales expresaría el individuo su pensamiento, si quisiera expresarlo. Para apreciar, tanto las imágenes como los sonidos, se necesita este otro aparato accesorio con el cual se perciben ambas clases de impresiones agrandadas, por escala, hasta el tamaño que se desee. A esta amplificación puede añadirse la proyección, ya óptica, ya fonográfica; y, entonces, el *clisé* ó película primitiva se hace accesible á la percepción del público. Esto ya no tiene tanto mérito, pues, al cabo, viene á ser sólo una aplicación de principios conocidos de antes, y una adaptación á mi objeto



de instrumentos ya inventados. Conque, dígame usted ahora si el asunto tiene miga, y si le parecen á usted moco de pavo las aplicaciones que de mi invento pueden hacerse.

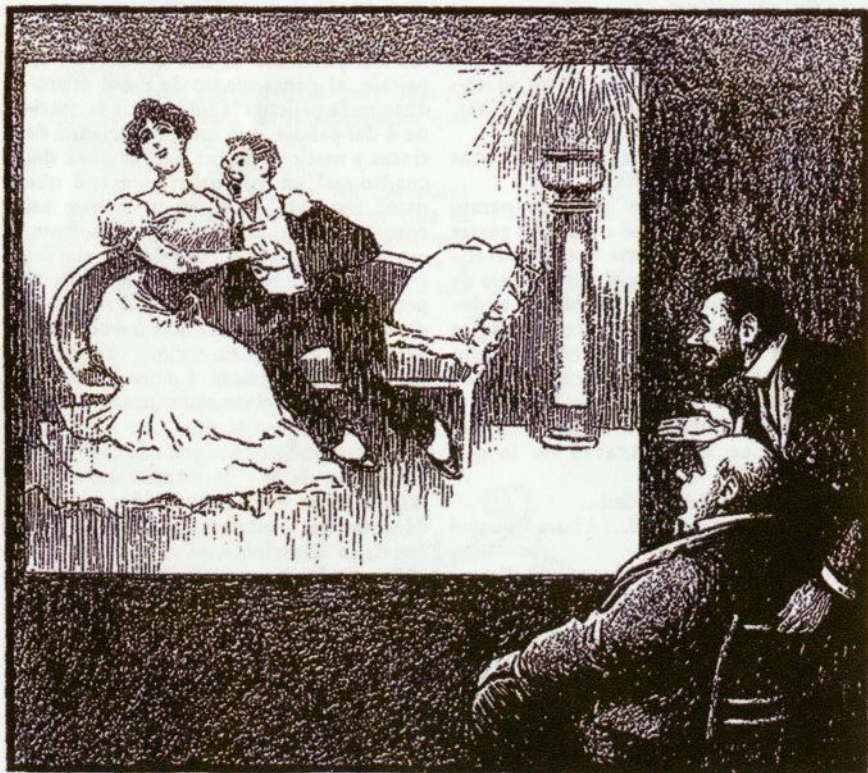
— Hombre, la verdad; me parece todo ello muy curioso, pero...

— Aguarde usted un momento.

— ¿Qué hace usted apuntándome ese chisme?

— Nada: ahora lo va usted á ver; pero primero le voy á ver y á oír yo. Espere usted cinco minutos.

— Pues, señor, no me convienen tratos con usted.



— ¿A qué viene eso? ¿Por ventura le he dicho á usted nada que pueda hacerle dudar de mi seriedad, de mí?...

— No; si es que no me fundo en lo que me haya usted dicho: me atengo á lo que usted ha pensado.

— ¡Figuraciones de usted!

— ¿Figuraciones? Aplique usted el oído á este pabellón adherido al aparato. La película está revelada, y la he amplificado para que pueda usted oírla.

— No percibo más que un susurro, así, como una vocecilla de mosquito...

— Es lo que basta para enterarse; es la misma intensidad de la vocecita que oímos dentro de nosotros mismos, mientras con la voz natural, y á veces á grito herido, estamos diciendo lo contrario de lo que pensamos; pero, á pesar de la vibración enérgica de la voz articulada, y á despecho de todos los otros ruidos exteriores, no dejamos de percibir, con toda claridad, la consabida vocecita... que, en ocasiones, llaman algunos *voz de la conciencia*... según lo que diga.

— No entiendo una palabra.



—¿De lo que acabo de decir, ó de lo que ha dicho antes la *vocecita* de usted?

—Ni de lo uno ni de lo otro.

—Fíjese usted bien. Mientras estaba usted hablando conmigo en alta voz, primero ha pensado usted que yo era un importuno; así que he comenzado á explicarme, que era un charlatán vividor ó un loco, y ahora mismo, hace un momento, ha renunciado usted á asociarse lealmente á mi empresa, pero ha tenido usted el pensamiento pecaminoso de hacerme soltar el secreto de mi invención, para ensayar usted, por su cuenta, el negocio que le había propuesto.

—Hombre, hombre; esas son meras cavilaciones... calumniosas.

—¡Ca!... nada de eso: el aparato canta; y si quiere usted acabar de caerse de espaldas ante lo portentoso de mi invento, puedo ofrecerle el espectáculo de una proyección, también *dúplex*, es decir, de una especie de linterna mágica doble, la cual presenta á un mismo tiempo la imagen cinematográfica de lo que el sujeto dice y hace, y de lo que está pensando y queriendo hacer, mientras hace y dice lo contrario de lo que piensa.

—Si eso fuera verdad...

—¡Y como si lo es!... Ahora va usted á verlo de sí mismo.

—No, no; ya lo veremos otro día.

—Luego, teme usted...

—¡Qué he de temer!... No; lo más mínimo; pero prefiero acabar de enterarme de las particularidades del aparato.

—Pues, mire usted: sobre todas las expresadas, tiene, además, la propiedad de reproducir lo pensado y lo sentido, con sus colores propios.

—A ver, á ver, ¿cómo puede ser eso?

—Muy sencillamente... para mí, que he llegado á apurar los registros del invento. Ya le he dicho á usted que los que habían, hasta ahora, ensayado obtener *clisés* de las vibraciones psíquicas, no habían dado, en mi concepto, con la verdadera substancia impresionable. Como los que fotografían los sonidos, los rayos X, los rayos N, etc., todos se han servido de las placas sensibilizadas que se usan en fotografía; éste ha sido el error y el escollo. Yo he buscado, y

hallado por fin, una materia mucho más impresionable que las gelatinas bromuradas y demás que comúnmente se emplean; yo he conseguido lo que casi no podía soñarse: hacer que la placa ó la película sensibilizada se impresione polícromáticamente en una sola exposición instantánea de 3'02 billonésimas de segundo.

—¿Y qué es eso?

—Eso es que si, pongo por caso, usted está pensando en una marina, en un paisaje, el pensamiento de usted reproduce en la película la imagen de la marina ó del paisaje, con toda la variedad de tintas y matices, de luz y de sombra del cuadro real en que usted piensa, ó que usted recuerda en aquel momento; así como también, micro-fonográficamente, se reproducen todas las palabras con las cuales usted, mentalmente, formula el pensamiento; ítem más, que si lo pensado ó lo sentido implica *acto* ó *sucesión de actos*, esto es, vida en acción, aunque no sea más que *pensada* ó *deseada*, el *clisé* se impresiona *cinematográficamente*. De todo lo cual resulta que, con mi Psico-kinos-cromo-foto-fonógrafo se obtiene la revelación de la vida exteriorizada, y se llega además hasta los rincones más recónditos del pensamiento, y los entresijos de lo consciente, lo subconsciente y lo inconsciente, esto es: la revelación ó la imagen de la vida psíquica, que aun no se ha exteriorizado, ó que, acaso, no había de exteriorizarse nunca, ni por la palabra, ni por la expresión fisiológica, ni por la actitud, ni por el movimiento.

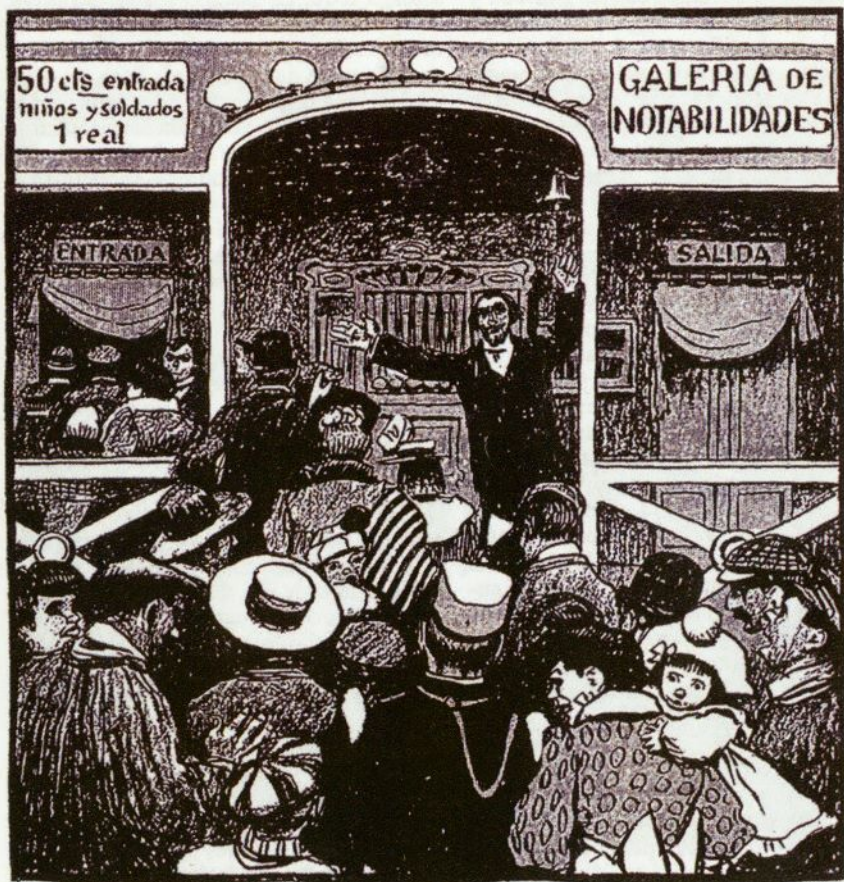
—La verdad es que me siento medianamente mareado por las explicaciones de usted, porque como soy lego en todas esas ciencias...

—No importa; los hechos se imponen aun á las inteligencias obtusas como la de usted. Fíjeme usted un día para ello, y yo le presentaré á usted una, cualquiera, de mis colecciones de *clisés*, con los *engrandissements*, para que, en la proyección, pueda usted verlos de tamaño natural. Y contemplará usted cuadros preciosísimos, como, verbigracia, el de una pareja de enamorados, tan felices que se le hará á usted la boca agua, donde la mujer enloquece de amor al hombre, y



le hace titilar hasta los tuétanos de los huesos, mientras está pensando en cómo se la pegará, una vez más, con otro amante no menos crédulo y bobalicón que el primero; *interviews* de personajes políti-

cos dando la gran mercilla á periodistas que les escuchan, sin creer tampoco una palabra de lo que aquéllos dicen, pero unos y otros pensando en engatusar al público manso con latas é infundios que



los lectores se tragarán muy á gusto, sin escarmentar jamás; estadistas y hacendistas que ofrecen al país de los contribuyentes, pistonudos planes de reformas sociales y económicas *indubitablemente salvadoras*, y que no lo son, en puridad, sino para sus autores, los cuales piensan y combinan y construyen un complicadísimo mecanismo de empréstitos, monopolios, jugadas de bolsa, y todo linaje de chanchullos más ó menos producti-

vos. Y no digo nada del *cuadro de la guerra*: éste ya no es divertido, sino horroroso y espeluznante. Patria, honor nacional, espíritu de conquista, intentos *humanitarios* de imponer creencias, progreso, gérmenes de civilización, y qué sé yo cuántas cosas más, todo ello á linternazo limpio, comenzando por sembrar la muerte, la ruina y la desolación, y vertiendo ríos de sangre, y oceanos de miserias y toda suerte de calamidades.



Y al mismo tiempo, verá y oirá usted lo que piensan y lo que sienten los que predicán, disponen y fomentan la guerra, es decir, podrá usted conocer los *verdaderos motivos* que han obligado á declararla y consumarla; y se le pondrá á usted carne de gallina en presencia de crímenes premeditados con tal frialdad y tanto refinamiento de egoísmo, malicia y satánica soberbia, que ni usted ni nadie, por mucha imaginación que tenga, es capaz de concebir infierno dantesco apropiado para que en él se purguen tamañas maldades... Poco menos repugnante que el anterior le parecerá á usted el *cuadro dúplex de los oradores políticos*, singularmente los de club, mítines, *et ejusdem fúrfuris*, algunos de ellos maestros en el arte de la elocuencia de brocha gorda; los cuales con discursos sofisticos empedrados de frases de relumbrón, sobrevientan á lo que ahora llamamos *las masas*, en virtud de la fuerza y contagiosidad de las sugerencias colectivas (fáciles siempre de ejercer sobre pueblos faltos de instrucción y con bastante levadura de instintos bestiales y pasiones ruines), y las arrastran á cometer barbaridades inauditas, contraproducentes siempre para los intereses de los infelices sugestionados; en tanto que ellos, los sugestionadores, sacan su tajada sin arriesgar el pellejo, y medran y pululan, y se rien interiormente de los tontos que les creyeron y se dejaron conducir, como rebaños de reses humanas, hasta donde les plugo llevarlos... y, á veces, aún más allá... Verá usted también...

—Basta, por favor. Si su invento de usted resulta verdadero, ya comienzo á entrever las muchas aplicaciones á que se presta.

—Son infinitas, créame usted. Mi aparato es aplicable al estudio general de la humanidad en su foro interno; aplicable, por consiguiente, á la Historia... de aquí adelante; á la política y á la diplomacia (aunque estos *clisés* son difícilísimos, y me han salido, hasta ahora, algo *flous*); á las investigaciones judiciales; á las relaciones mercantiles, industriales, financieras, científicas, etc., etc.; á los exámenes de conciencia hechos con y sin el concurso de la voluntad del interesado,

y aun contra la voluntad del mismo; al régimen y gobierno del hogar doméstico; á los asuntos gubernativos, administrativos... y electorales; al descubrimiento de virtudes arrinconadas ó escarnecidas, á la revelación de genios ignotos, de artistas desconocidos y de poetas inéditos; á todo, en fin..., y á muchas otras cosas más. ¿No ve usted cómo la razón me sobraba por encima de los pelos, cuando yo le decía á usted, hace un momento, que mi aparato era asombroso, y el negocio que le proponía resultaba inverosímilmente lucrativo? Porque, es claro que medio mundo se apresurará á aprovecharse de las ventajas de mi invento; y el otro medio estará interesado en abonarse á la *sociedad de seguros* para substraerse á la acción de la maravillosa máquina.

—Esto último es lo que no se me alcanza cómo puede ser.

—Pues, sencillamente: todo consiste en otro *secreto* mío. Se trata de un líquido, del cual cada abonado toma, en ayunas, *cinco gotas y media*, contadas. Este líquido tiene la propiedad de hacer al individuo *impenetrable* á la acción del aparato, porque suprime la exteriorización de las ondas impresionantes. A cada asegurado se le da, del líquido preservativo, la cantidad justa y tasada que corresponde al plazo por el cual se haya asegurado. Si no paga, por adelantado, la póliza del nuevo plazo, se queda sin defensa. ¡Buen cuidado tendrá él de no demorar el pago!

—¡Ya!... y, diga usted: ¿no pudiera suceder que nadie se subscribiese á la *explotación* y todos prefirieran el *seguro*?

—Mejor, hombre, mejor para nosotros: entonces venderíamos á muy buen precio, ó digáse *prima*, millones y más millones del específico, cuyo valor material es insignificante.

—Pues, mire usted, á pesar de todo, no puedo, por ahora, aceptar su proposición. No tengo fondos disponibles; con el encalmamiento general de los negocios, la baja de los valores, y la subida de los cambios...

—Sí, sí, entendido. No importa, usted se lo pierde. Yo voy, por lo pronto, á explotar mi aparato alquilando ó cons-

truyendo, en la Rambla de Cataluña, un barracón para cinematógrafo, en el cual exhibiré una *galería de notabilidades* de la localidad, á cincuenta céntimos la entrada, niños y soldados un real.

—Hombre, eso ya es otra cosa; pero tiene también un grandísimo inconveniente.

—¿Cuál?

—Que le acarrearé á usted una turbonada de enemistades y de odios, y acaso el compromiso de reclamaciones y demandas.

—Es que me guardaré muy bien de poner nombres á las notabilidades que aparezcan en la pantalla.

—Pero las conocerán.

—¡Eso quiero yo, que las conozcan! Es obra humanitaria el hacer que se puedan ver, tales como son, todas esas personalidades que se han acostumbrado á presentarse á los ojos del público con

un empaque y un *coram vobis* que, á ley de justicia, no les corresponde usar. Y, cuando ya haya hecho conocer aquí mi *galería de notables*, me iré á otra parte con la música, y haré exposición de los figurones de la localidad donde vaya.

—Y dondequiera que usted plante sus chismes, le sucederá lo mismo: piques, resentimientos, odios y querellas.

—Repito que yo no nombraré á nadie. Si se pican, que se piquen: el que se pica, ajos come; el que se quema es que tiene la cola de paja. Y, en fin de cuentas, yo me quedaré tan tranquilo, exclamando como el fabulista:

«A todos y á ninguno  
mi fabulilla toca;  
quien haga aplicaciones,  
con su pan se lo coma.»

E. BERTRÁN RUBIO.

(Dibujos de R. Opisso y A. Gual.)





